

grada le hace estremecer de rabia. No encuentra suplicios bastante crueles para castigarla por haber llevado la imagen del Verbo encarnado. Ya ves, querido amigo, cómo trata á nuestros padres, á nuestras madres, á nuestros hermanos, á nuestras hermanas, los mártires de todos los tiempos y de todos los países. Siempre que ha podido, les ha hecho desollar la frente, grabando en los huesos desnudos con un hierro candente caracteres de ignominia. Siempre que ha podido ha hecho dividir la forma de la cruz ó comprimirla con cuerdas hasta cambiar su forma, ó golpearla con nervios de buey de manera que quede inconocible (1).

¡Gran lección! ¡Que el odio de Satanás á la señal de la cruz sea la medida de nuestro amor y de nuestra confianza á esta adorable señal! Mañana verás que posee otros títulos á estos dos sentimientos.

1 Véase á Gretsor, DE CRUCE, lib. IV, c. 32, p. 628-629.

CARTA XI.

Diciembre 6.

La señal de la cruz es un tesoro que nos enriquece, porque es una oracion.—Pruebas.—Oracion poderosa.—Pruebas: Oracion universal.—Pruebas.—Provee á todas las necesidades.—El hombre necesita de luces para su alma.—La señal de la cruz las obtiene.—Pruebas.—La señal de la cruz procura fuerzas:—Pruebas.—Ejemplos de los mártires.

La señal de la cruz es un tesoro que nos enriquece: en esto estriba una de sus razones de ser. Nos enriquece porque es una excelente oracion. Hé aquí, mi querido amigo, no lo habrás olvidado, el punto de doctrina que en este momento establecemos.

Ya está dada la mitad de la prueba. Reside en la antigüedad, en la universalidad, en la perpetuidad de la señal de la cruz. En medio del naufragio

en que el mundo idólatra deja averiar ó perecer tantas revelaciones primitivas, se ve sobrenadar la señal de la cruz. ¿Qué dice este hecho extraño, nuevo para tí, incomprendible para un gran número, pero muy racional para el cristiano acostumbrado á la reflexion? Dice elocuentemente la elevada utilidad de la señal de la cruz para el hombre, porque dice su poderosa eficacia en el corazón de Dios. Pasemos del razonamiento á los hechos.

La señal de la cruz es una oracion: una oracion poderosa, una oracion universal.

¿Qué cosa es una oracion? ¿Qué cosa es un hombre que ora? Es un hombre que delante de Dios confiesa su indigencia: indigencia intelectual, indigencia moral, indigencia material. Es el mendigo á la puerta del rico. Ahora bien: el mendigo ruega con su voz; pero más elocuentemente con el rostro descolorido y demacrado, con sus deformidades, con sus harapos, con su actitud. Así pedía sobre la cruz el adorable Mendigo del Calvario. En este estado, el Hijo de Dios era más que nunca el objeto de las infinitas complacencias de su Padre. Él mismo nos dice que esta oracion elocuente, mayor en accion

que en palabras, fué la poderosa palanca que atrajo todo á Él (1).

¿Qué hace el hombre al formar la señal de la cruz, bien con la mano, bien extendiendo los brazos? Imprime sobre sí mismo la imagen del divino Mendigo, se identifica con él. Es Jacob, cubriéndose con los vestidos de Esaú, para obtener la bendicion paternal. ¿Qué dice á Dios con esta actitud de fe, de humildad y de adhesion? Le dice: Mira en mí vuestro Cristo, *respice in faciem Christi tui*. Oracion más elocuente que todas las palabras: "La oracion sube, dice San Ambrosio, y la limosna baja: *ascendit deprecatio et descendit Dei miseratio*." Tal es la señal de la cruz aun sin formula: no habla, le dice todo; es una poderosa deprecacion. Cuando un agente de la autoridad, comisario de policia, alcalde ó gendarme, pone la mano sobre un delincuente le dice: Te aprehendo en nombre de la ley. En esta frase, *en nombre de la ley*, ve el culpable la auto-

1 Cum exaltatus fuero ad terra, omnia traham ad me ipsum. — Joann, XII, 32. — Hamiliatit semetipsum, factus obediens usque ad mortem... propter quod exaltavit eum, etc. — Philipp., II, 8.

ridad de su país, la fuerza armada, los jueces y al mismo rey. Le sobrecoge el temor y se deja aprehender. Cuando el hombre, amenazado por un peligro, estremecido por la duda, perseguido por la tentación, presa del sufrimiento ó de la enfermedad pronuncia estas palabras de autoridad suprema: *En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*, y que al pronunciarlas hace la señal redentora del mundo, la señal vencedora del infierno, ¿cómo explicarías la resistencia del mal? ¿No ha llenado el hombre todas las condiciones del éxito? ¿No ha puesto Dios en ellas de alguna manera, dejando de intervenir é interviniendo, la glorificación de su nombre y el poderío de Cristo?

Por lo mismo, la particular eficacia de la señal de la cruz no ha sido nunca dudosa ni para la Iglesia ni para los siglos cristianos. Aun los teólogos más graves enseñan que la señal de la cruz obra por sí misma é independientemente de las disposiciones de aquel que la hace. Dan de ello algunas pruebas: me conformo con citar dos de éstas.

La primera es el uso incesantemente repetido de la señal de la cruz. "Si no produjera, dicen éstos,

por sí misma sus efectos, no tendrían ninguna razón los cristianos para hacer de ella un uso tan frecuente. ¿Qué necesidad habría de recurrir á esa acción, cuando un movimiento del alma ó una buena obra cualquiera bastaría para obtener y realizar lo que esperan obtener y realizar por medio de la señal de la cruz (1)?"

La segunda descansa sobre hechos célebres en la historia y de una autenticidad incontestables. Hé aquí algunos de ellos.

El primero es el de Julian el Apóstata. Desertor del verdadero Dios, aquel emperador se convirtió, como era inevitable, en adorador del demonio. Para conocer los secretos del porvenir, busca en toda la Grecia á los hombres que están relacionados con el espíritu maligno. Preséntase un evocador que le pro-

1 Dicimus signum sanctissimæ crucis producere suos effectus ex opere operato. — Gretzer, lib. IV, c. LXII, p. 703. — Ita etiam doctissime quique theologi scutinant, ut Gregorius de Valentia, Franciscus Suarez, Bellarmius, Tyracus et alii. — Ibid. — Et certe nisi ex opere operato crua effectus suos et deret, non esset cum tam sedulo a fidelibus usurparetur; quia bono animi motu et actu, omne illud perficere aequè certo possent, quod adhibilo crucis dignando per ayunt et ce peracturos sperant. — Ibid.

mete satisfacer su curiosidad. Es llevado Julian á un templo de ídolos. Hechas las evocaciones, se ve el emperador rodeado de demonios, cuyos rostros le espantan.

Por un irreflexivo movimiento de temor hace la señal de la cruz, y desaparecen todos los demonios. El evocador se apena de esto y comienza de nuevo la evocacion. Reaparecen los demonios. Julian vuelve á olvidarse, y hace otra vez la señal de la cruz, desapareciendo nuevamente los espíritus de las tinieblas (1).

Este hecho, referido por San Gregorio Nacianceno, por Teodoro y los demás padres de la Iglesia, hizo mucho ruido en todo el Oriente. El segundo es más conocido en Occidente: lo debemos al Papa San Gregorio. El ilustre pontífice comienza su relato con estas palabras: "El hecho que voy á rela-

1 Ad crucem confugit eaque ce adversus terrores con-
signat, eumque quem persequevatur in auxilium adesci-
cit. Valuit cignaculum, cedunt dæmones, pelluntur timores!
Quid deinde? reviviscit malum, rursus ad audaciam redit;
rursus aggreditur, rursus iidem terrores urgent, rursus ob-
jecto cignaculo dæmones conquiescunt perplexusque hæret
discipu' us. — S. Greg. Nascian., Orat. II, Contre Julian.

tar no es dudoso, porque tiene casi tantos testigos cuantos habitantes contiene la ciudad de Fondi (1).

Viniendo de la Campania un judío, y dirigiéndose á Roma por la via Appia, llegó á la pequeña ciudad de Fondi. Como la hora era avanzada no pudo encontrar alojamiento y se retiró para pasar la noche, á un antiguo templo de Apolo. Causóle miedo esta antigua mansion; y aunque no era cristiano, trató de resguardarse con la señal de la cruz. Todavía á las doce de la noche se hallaba despierto, espantado de su soledad. De repente ve un grupo de demonios que parecia ir á rendir homenaje á su jefe, que se hallaba sentado en el fondo del templo. A medida que se presentaban les interrogaba éste y preguntaba á cada uno en particular lo que habia hecho para hacer caer en pecado á los hombres. Todos le daban cuenta de sus artificios. Entre aquellos discursos hubo uno que se referia á la grave tentacion que habia logrado hacer sentir al venerable obispo de la ciudad. Hasta ayer, decia, habia

2 Nec res est dubia quam narro, quia pene tanti in ea
testes sunt, quanti et ejusdem loci habitatae existunt. —
Dial., lib. III, c. VII.

perdido mi tiempo, pero anoche conseguí hacerle dar un golpecito en el hombro de la santa mujer que se ocupa de su casa. —Prosigue, le contestó el antiguo enemigo del género humano; termina la obra que has emprendido, y por tan gran victoria tendrás una recompensa excepcional.

El judío, testigo de aquel espectáculo, apenas respiraba. Para hacerle morir de espanto, el presidente de la infernal asamblea ordenó se tomaran informes de quién era el temerario que se había atrevido á ir á abrigarse en el templo. Los malos espíritus se aproximan, le ven con una curiosa atención, y notando que está marcado con la señal de la cruz, exclaman: ¡Ay, ay! vaso vacío y sellado. *Vae, vae! vas vacuum et signatum!* A estas palabras desapareció toda la caterva infernal.

Por su parte, el judío se apresuró á salir. Diríjese á la iglesia, en donde estaba ya el venerable obispo. Llamándolo aparte, le cuenta lo que acababa de suceder, y cómo ha tenido conocimiento del golpe dado la víspera y el objeto que se proponía el demonio. El obispo, maravillado, despidió inmediatamente á la santa mujer agregada á su ser-

vicio, prohibiendo la entrada en su casa de toda clase de mujeres. Consagra á San Andrés el antiguo templo de Apolo, y el judío se convierte (1)."

Citemos otro hecho. En la Historia Eclesiástica de Nicéforo, se lee que en la época del emperador Mauricio, el rey de Persia Chorroes II, envió á Constantinopla una embajada, y todos los que la componían tenían marcada en la frente la señal de la cruz. Preguntados por el emperador por qué llevaban una señal en la que no creían, le contestan: "Lo que veis en nuestras frentes es el testimonio de un insigne favor que hemos recibido con autoridad. Asolaba la peste nuestro país. Algunos cristianos nos aconsejaron grabáramos la señal de la cruz en nuestra frente como un preservativo contra la plaga. Nosotros les dimos crédito y nos salvamos de entre nuestras familias arrebatadas por la peste (2)."

En la continuacion de estos hechos se coloca naturalmente la reflexion del gran obispo de Hippona que parece decisiva en favor de la enseñanza de los

1 Dial., lib. III, cap. VII.

2 Hist., lib. XVIII, c. XX.

teólogos. "Es preciso no sorprenderse, dice, del poder de la señal de la cruz cuando es hecha por buenos cristianos, puesto que tanta fuerza tiene cuando es empleada por extraños que no creen en su poder, debido solo á que con ella se honra al gran Rey (1)."

Con el objeto de permanecer dentro de los límites de la ortodoxia, preciso nos es agregar que la señal de la cruz no obra por sí misma pura y simplemente, sino en cuanto es útil á nuestra salvacion y á la de los demás. Obra sobre todo en ciertas prácticas, tales, por ejemplo, como los exorcismos, en los cuales ninguna promesa divina atribuye un efecto tan infalible y sin condicion alguna.

Agrego tambien que la piedad de aquel que hace la señal de la cruz, contribuye á su eficacia. La señal de la cruz es una invocacion tácita de Jesus crucificado, y en consecuencia es de tanta mayor eficacia, cuanto más grande es el fervor con que se ha-

1 Nec mirum quod hæc signa valent, cum a bonis christianis adhibentur quando etiam cum usurpantur ab extraneis, qui omnino suum nomen ad istam militiam non deducunt, propter honorem tamen excellenti sibi Imperatores valent. —Lib. 83, quæst., 79.

ce. Por lo mismo, la invocacion de corazon ó de boca es tanto más á propósito para obtener su efecto, cuanto más agradable es y más virtuoso á los ojos del Señor el fiel que la hace (1)."

Es una oracion universal. En un sentido, la señal de la cruz puede decir como el mismo Salvador: *Me ha sido conferido todo poder ast en el cielo como en la tierra.* Aquí más que en otra parte necesitamos, mi querido Federico, sancionar con hechos. Son de tal manera numerosos, que la dificultad consiste en elegirlos. Todos y cada uno á su manera proclaman, por una parte, la fe de nuestros abuelos, y por la otra el imperio de la señal de la cruz en el mundo visible y en el mundo invisible. Esta señal provee á todo, lo mismo á las necesidades del alma que á las necesidades del cuerpo.

El hombre tiene necesidad de luces para su alma, y la señal de la cruz las obtiene. San Porfirio, obispo de Gaza, debe disputar con una mujer maniquea. Para disipar con la claridad de sus razonamientos las tinieblas en que está envuelta la desgraciada,

1 Gretzer, —ubi supra.

hace la señal de la cruz, y la luz brota en aquella inteligencia extraviada.

Julian, sofista coronado, provoca á una controversia á Cesáreo, hermano de San Gregorio Nacianceno. El generoso atleta entra en la liza armado con la señal de la cruz. A un enemigo consumado en el arte de la guerra, y hábil para manejar el razonamiento, opone el estandarte del Verbo, y el Espíritu de mentira se encuentra cogido en sus propias redes (1)."

San Cirilo de Jerusalen, tan poderoso en palabras como en obras, ordena recurrir á la señal de la cruz todas las veces que se trate de combatir á los paganos; y asegura que éstos quedarán reducidos al silencio (2).

En el orden temporal no ménos que en el orden espiritual, son necesarias al hombre las luces divinas; la señal de la cruz las obtiene. Por lo mismo los emperadores de Oriente, sucesores de Constan-

1 S. Greg. Nascian. —In Laud. Cæsar.

2 Accipe arma contra adversarios hujus crucis, cum enim de Dominio cruceque contra infideles quæstio vibi erit, prius statue mano tua signum, et obmupesset contra dicens. —Catec., XIII.

tino, tenían la costumbre, cuando debían hablar delante del Senado, de comenzar por la señal de la cruz (1).

Como hemos visto, San Luis, antes de discutir en el Consejo los negocios de su reino, se ajustaba á esta antiquísima práctica religiosa.

¿Crees que los negocios caminarian tan mal si á ejemplo de los más grandes príncipes, los emperadores y los reyes del siglo XIX recurrieran también á la señal de la cruz? A mi entender, tengo la convicción, como de mi propia existencia, de que caminarian mejor. ¿Son más ilustrados los gobernantes de hoy que los de los tiempos atrás? ¿Pre-tenden hallar las luces en otra parte que en Aquel que es el manantial de ellas, *lux mundi*? ¿Conocen algun medio más eficaz para invocarle con éxito que la señal de la cruz? ¿No acreditan su eficacia todos los siglos?

La Iglesia, que debía ser su oráculo, ¿no continúa proclamándola? ¿Hay un medio, un cónclave, una

1 Ipse coronates solium conscendit habitem. Atque crucis faciens signum venerabili sedit. Erectaque manu, cuncto præsentò Senatu, Orepio hace orans ait.

(Coripp., —De Laud. Justin. junior.)

asamblea religiosa que no comience por la señal de la cruz? ¿Fieles herederos de la tradición, hablan alguna vez los sacerdotes católicos de la debilidad de la carne sin estar armados con esa señal de fuerza y de razón? En esto observan las prescripciones de los antiguos Padres: "Haz la señal de la cruz, escribe San Cirilo de Jerusalén, y hablarás: *Fac hoc signum et loquereis* (1).

Lo que he dicho de los reyes, querido amigo, debe decirse de todos aquellos que están encargados de enseñar á los demás. ¿No es el Verbo encarnado el Dios de las ciencias y de todas las ciencias, el profesor de los profesores, el maestro de los maestros?

Si la señal de la cruz presidiera todas las lecciones que se dan hoy, todos los libros que se imprimen, ¿crees que estaríamos inundados, como lo estamos, de errores, de sofismas, de falsas ideas, de sistemas incoherentes, cuyo resultado seguro es hacer caer visiblemente al mundo moderno en las tinieblas intelectuales de donde lo había sacado el cristianismo?

1 Catech illuminat., IV.

El hombre necesita de la fuerza para su alma: la señal de la cruz contiene un fecundo manantial. Mira á tus ilustres abuelos los mártires: ¿á quién pedían valor para triunfar en sus combates ilustres? A la señal de la cruz. Generales del ejército, centuriones, soldados, magistrados, senadores, patricios ó plebeyos, niños ó ancianos, matronas ó doncellas, todos tenían cuidado al bajar á la arena, de cubrirse con tan invisible armadura: *insuperabilis christianorum amatura*.

Ven conmigo: te nombraré algunos. Cesáreo, el guerrero mártir que camina al suplicio en medio de un populacho inmenso es el centurion Gordio. ¿Le ves, tranquilo y recogido, armando su frente con la señal de la cruz?

¿Qué ciudad es aquella de Armenia, asentada en medio de la nieve, á la orilla de un lago helado? Es Sebaste. Véanse venir al anochecer cuarenta hombres amarrados y despojados de sus vestiduras, que son conducidos á la mitad del lago, sentenciados á pasar allí la noche. ¿Quiénes son? Cuarenta veteranos del ejército de Leconio. Les es tanto más necesaria una fuerza sobrehumana de re-

sistencia, cuanto que hay preparados en la orilla baños de agua caliente para los desertores. Hacen la señal de la cruz, y una muerte heroica llega á coronar su valor (1).

Ya vimos á la jóven Agné, señal viviente de la cruz, en medio de las llamas: aquí tenemos otras vírgenes cristianas, nacidas como ella en la edad de oro de los mártires. La primera es Santa Tecla, ilustre por su nacimiento, y más ilustre aún por su fe. Tiénela asida los verdugos y la condenan á la hoguera; ella sube con paso firme, hace la señal de la cruz y permanece tranquila en medio de las llamas. En ese instante cae un torrente de agua que apaga el fuego, y como las hijas de Babilonia, la jóven heroína sale de la hoguera sin haber perdido ni un cabello (2).

1 Iste autem in mo cruxifici signaculo, Christum in se quasi legis loco omnibus præscripserunt... cracem signifera figura in mente gestabant. —S. Ephren. En Com. in 40 ss. martyr.

2 Capta ab apparatoribus, ut in focum jatareor sponte pyram ascendit, et signo crucis facte, virili animo inter medias flammæ stetit, subitoque facta inundatione pluviarum, in ignu escriptus est, et beata virga illæse, virtute superna erigitur. [Ado, in martyrol., 23 Sept.]

La segunda, no ménos célebre que la primera, es Santa Eufemia. Por órden del juez, los instrumentos del suplicio son preparados á una simple señal. La jóven vírgen va á ser extendida sobre la rueda. Hace la señal de la cruz, adelanta ella misma hácia la máquina espantosa erizada de puntas de hierro, la señala sin palidecer, y á una mirada la hace volar en astillas (1).

Sigue mirando, estamos en uno de esos pretorios romanos tantas veces enrojecidos con la sangre de nuestros padres, tantas veces testigos de sus sublimes respuestas y de su heroica constancia. Es en el apogeo de la persecucion de Décio: y á saber quién, ese sanguinario emperador á quien Lactancio llama un execrable animal, *sæsecrabile animal Decius*. Delante del juez está un grupo de cristianos. Siguiendo la costumbre el acusador deseaba de imputarles toda clase de crímenes. Los cristia-

1 Postquam autem ipsæ machinæ dicto citius fuerent constructæ et martyr in eas erat conjucienda, validis continus in se paratis armis, nempe divina crucis figura, et ca signata, adversus rotas processit nullam quidem voltu ostendens tristitiam, etc. —Apud Sur., t. V, et Baron. Martyrol. 16 Sep.

nos no ignoran que están condenados de antemano. Qué hacen? Elevan los ojos al cielo, hacen la señal de la cruz, y dicen al procónsul: "Vas á ver que no somos ni cobardes ni medrosos (1)"

Si quisiera continuar esta nomenclatura, necesaria hacer desfilar delante de tí todo el inmenso ejército de mártires. No hay entre los valerosos soldados del crucificado ni uno que al ir al combate no haya enarbolado el estandarte de su Rey. Baste el nombrar algunos. San Julian, San Ponciano, San Constancio y San Crescencio, San Isidoro, San Nazario, San Celso, San Maximino, San Alejandro, Santa Sofía y sus tres hijas, San Pablo y Santa Juliana, San Cipriano y Santa Justina (2).

Luego entre todos los países y en todas las condiciones, hay testimonios del uso universal entre los mártires de armarse de la señal de la fuerza antes de entrar en liza con los hombres, con las fieras ó con los elementos.

1. Oculis in coelum sublatis, cum se Christi signaculo nūmisset dixerunt: Scias te non incidisse in viros pusilli et abjecti animi.—Apud Sur., XIII april.

2. Véanse sus actos.

Todavía mas: temiendo que el peso de las cadenas les impidiera formar la señal de la cruz, rogaban á los cristianos sus hermanos ó á los sacerdotes sus padres los armaran con la señal victoriosa. Convertido á la fe por el mártir San Eleuterio, el mismo Corebio va á buscar en el anfiteatro la corona del martirio. Rogad por mí, dice á su padre en Jesucristo, y armadme con las mismas armas, la señal de la cruz, con que armásteis á Félix, el jefe del combate. (3).

Gliciera, noble hija de un hombre tres veces cónsul, es bruscamente arrojada en una estrecha prision. Lo primero que hace, viéndose tomada por el enemigo, es rogar al santo sacerdote Filocrato le ponga en la frente la señal de la cruz. El sacerdote se presta á su deseo y le dice: Que esta señal del Crucificado colme tus anhelos. (1).

Y en efecto, se colmaron. Baja al anfiteatro la jóven heroína. En el momento de ganar la palma

3. Ora pro me, et me arma his armis, nempe Christi signaculo, quibus ducant exercibus muniviste Felicem.—Apud Sur., 18 april.

1. Signa me Christe signo. Ad haec Philocrates presbyter: signum inquit Christi vota tua compleat.—Ibid., t. III, et Barcn., t. II.

de la victoria, volviéndose hácia los cristianos que estaban mezclados entre la multitud, les dice con la altivez del soldado que muere por su bandera: "Hermanos, hermanas, hijos, padres, y vos que me teneis por madre, ved, velad por vosotras, y considerad bien cual es el Emperador cuyo carácter tenemos y cual la señal grabada en nuestras frentes" (1).

Acabas de oirlo; todos los mártires han buscado su fuerza en la señal de la cruz. Y habrían buscado un apoyo en la nada! Y ese gran Emperador, por quien mueren, les habria dejado en una ilusion incurable! Si alguien hay que lo crea, que presente las pruebas.

Hasta muy pronto.

1. Fratres, sorores, filii, patres, et quaecumque matres loco mihi estis, videte et vobis cavete, ac diligentur animadverteti, qualis est Imperator ille, cujus characterem habemus, et quali forma in fronte signati sumus.

CARTA XII.

Diciembre 7.

Perpetua necesidad de la señal de la cruz para obtener la fuerza.—Recomendacion y práctica de los gefes de la lucha espiritual.—Señal de la cruz en la muerte.—Ejemplo de los mártires.—Ejemplo de los verdaderos cristianos que morian de muerte natural.—Los moribundos se hacian sautignar por sus hermanos.

QUERIDO FEDERICO:

La señal de la cruz no ha perdido nada de su poder ni de su necesidad. Verdad es que los tiranos han muerto, y que los anfiteatros no son mas que ruinas. La señal de la cruz ha vencido á los unos y hecho desplomar á los otros. Si los segundos no se levantan ya, de tiempo en tiempo los primeros salen de sus tumbas. Nunca quedará extinguida la raza de los Nerones: todavía está por nacer lo mas tremendo.